



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Castelgandolfo

Domingo 22 de julio de 1979

1. Deseo saludar cordialmente a todos los aquí presentes en esta hora meridiana: habitantes de Castelgandolfo, forasteros y peregrinos, que quieren rezar conmigo el "Angelus Domini" y meditar con devoción *el misterio de la Encarnación del Verbo Eterno*.

Grande es la luz que este misterio difunde sobre la vida del hombre. Hay que pensar continuamente en ello, a fin de que la vida conserve para nosotros el valor que Dios le ha dado, creando al hombre a su propia imagen y semejanza y haciéndose Él mismo, seguidamente, hombre entre los hombres. Que *la luz de esta verdad no deje de ser jamás la idea guía* de toda nuestra existencia terrena.

2. Permitidme ahora que dirija mi pensamiento a los niños. A vuestros niños, a todos los niños, los que han venido esta mañana y los que se han quedado en sus casas; en fin, *a todos los niños del mundo*. Que cada niño esté presente aquí, ante los ojos de nuestro corazón, como aquel que una vez Jesús puso delante de sus discípulos, pronunciando estas memorables palabras: "Si... no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (*Mt 18, 3*).

Cristo ha atribuido una enorme importancia al niño. Le ha hecho una especie de *portavoz de la causa por Él proclamada* y por la que dio su propia vida. Le ha hecho el más sencillo representante de esa causa, casi como un profeta. El valor del niño en toda sociedad está en el hecho de que testimonia la *inocencia* ideada, por el Creador y Padre celestial, para el hombre. Perdida con el pecado, esa inocencia debe ser reconquistada por cada uno de nosotros con fatiga. En esa fatiga, en ese esfuerzo del entendimiento, de la voluntad y del corazón *la imagen del niño* es para el hombre inspiración y manantial de esperanza. Dios que, como Padre, nos

llama a todos a su propia casa, nos ayudará a adquirir nuevamente la inocencia infantil.

3. El niño es manantial de esperanza. Habla a sus padres de la finalidad de sus vidas, representa el fruto del amor. Permite, además, pensar en el futuro. Los padres viven para sus hijos, trabajan y se esfuerzan por ellos. Y no solamente en la familia, sino también en toda sociedad *el niño hace pensar en el futuro*. En los niños ve la nación su propio mañana, como lo ve también la Iglesia.

Por eso, es un bien que el año actual sea en todo el mundo el año del niño. Al recordarlo, deseo abrazar con el pensamiento, además de vosotros, a todos los niños dondequiera que se hallen. Muchos de ellos, *aprovechando las vacaciones*, estarán ciertamente en lugares de veraneo (al menos en aquella parte del globo en que ahora es verano). Gozan de la fascinación de la naturaleza, gozan del agua, de los bosques, de los montes. El Padre celestial les permite *que reposen bien*. Que, según el modelo del Hijo de Dios puedan crecer "en sabiduría, y edad y gracia ante Dios y ante los hombres" (*Lc 2, 52*). Que no dejen de despertar en nosotros la esperanza humana y también esa esperanza del reino de Dios, que Cristo ha abierto a quien se hace como ellos (cf. *Mt 18, 3*). Que nos ayuden a recordar que el reino de Dios se halla en medio de nosotros (cf. *Lc 17, 20*).

Volveremos todavía a hablar de los niños y de los jóvenes en alguna otra ocasión.

4. Al rezar ahora el *Angelus*, no debe faltar tampoco un recuerdo para todos los hermanos y hermanas prófugos, en especial para los niños. Como sabéis, se ha concluido ayer en Ginebra la Conferencia Internacional sobre los prófugos Indochinos. Conocéis todos la tragedia que se está desarrollando en el lejano Sudeste asiático. La suerte de aquellos infelices interpela a la conciencia de todos y exige de cada uno hacer lo posible para proporcionarles ayuda.

Imitemos el ejemplo del buen samaritano, que socorrió a la persona encontrada al borde de la carretera (cf. *Lc 10, 34*).

Roguemos a la Santa Madre de Dios para que tome bajo la protección de su amor a aquellos hermanos nuestros que, en medio de peligros, muchas veces mortales, buscan una tierra que les acoja. Roguemos también para que las disponibilidades ofrecidas en Ginebra por varios países - con una emulación digna de alabanza- encuentren eficaz y rápida aplicación con la colaboración procedente de todas partes.

Realmente, no hay mejor respuesta al drama de los refugiados: la respuesta del amor.

Después del Ángelus

Un saludo muy particular dirijo a los padres de la Orden de los escolapios, que en estos días

celebran su capítulo general en Ariccia y hoy han venido a este encuentro de oración. Les deseo de corazón un buen trabajo, así como que sigan poniendo cada vez más al servicio de la Iglesia esa antigua familia religiosa, con una creciente dedicación, en conformidad con el Evangelio y con el genuino espíritu de su fundador.

* * *

(En español)

Quiero ahora dirigir un cordial saludo al grupo de estudiantes que compone la Capilla de Caracas.

Muchas gracias por vuestros cantos. Haced del arte musical un medio de alabanza a Dios, de elevación espiritual y humana para vosotros mismos y para los demás. Para que así 'sea, os encomiendo al Señor en la plegaria y os doy mi bendición.

* * *

Ahora quiero dirigir todavía algunos saludos que no estaban previstos. Ante todo, quiero saludar al obispo de Albano y, entre los numerosos grupos presentes, al que procede de México.

(Juan Pablo II recordó que le estaban escuchando otros fieles, tanto en la plazuela que está junto a la residencia pontificia como en la plaza de San Pedro, a través de los altavoces instalados por Radio Vaticano)

Quiero saludar a estos romanos para los cuales la costumbre de rezar el Ángelus el domingo con el Papa es tan fuerte que, aunque el Papa se ausente de Roma, se concentran en la plaza de San Pedro. Les saludo y les deseo, como siempre, un buen domingo.

Además saludo a todos aquellos que nos escuchan a través de la televisión. A todos los que participan en el Ángelus de Castelgandolfo a través de la televisión, mis saludos, mis votos y mi bendición.

(El Santo Padre fue a asomarse al balcón externo para saludar a los peregrinos que se hallaban en la plaza de la ciudad)

Supongo que habéis podido seguir no solamente el Ángelus, sino también el discurso y, por tanto, no tengo que repetir para vosotros mis votos y mi bendición. Esta bendición va dirigida hoy sobre todo a los niños. Entre todos los niños del mundo, los niños de Castelgandolfo ocupan hoy el primer puesto.

La diferencia entre el Ángelus en Castelgandolfo y en la plaza de San Pedro está en que aquí uno está cerca de la gente, puede leer las pancartas y es más fácil dialogar.

(El Papa volvió a asomarse al patio interno del Palacio, donde los peregrinos seguían todavía esperando un nuevo saludo)

Allí detrás oigo de nuevo los cantos del coro venezolano.

Alabado sea Jesucristo.